

¿Y esto era verdad?.... Sí lo era, tan clara como la luz. Al fin lo confirmé todo.

Yo, yo que me regocijaba en mi pobreza; yo que ateniendome á mis dotes personales, á la pureza de mis intenciones, tenia el orgullo de ser amado por mí mismo, la ilusion de inspirar pasiones desinteresadas; yo tan necio que buscandole á todo una razon, nunca habia yo ni imaginado que el amor mismo puede tener una....yo, el escéptico, me habia dejado engañar por una muger, de cuyos lazos infernales me libró la Providencia!

Tambien un pobre, un cualquiera puede ser objeto de interes.... ¿Si Serafina llega á amarme, será por que llega á encontrar un *motivo* fuera de mi corazon?....

Adios mis ilusiones, mis creencias, mi religion de amor la última que conservaba.

Narcisa, una niña de veinte años, educada en el cristianismo y la severidad de veinte tias viejas y rezadoras; rodeada de la sociedad mas esquisita; nutrida con los ejemplos de una madre irrepreensible habia sido capaz de tanto!.... Narcisa, proverbialmente recatada y honesta, tenia un amante, y buscaba marido.... ¿Cómo no percibí nunca en sus gestos, en sus palabras, en su conducta, un signo sospechoso, interpretable; una inconsecuencia, un olvido?.....Tan jóven, tan maligna, y tan hábil!.....

Los ojos son el espejo del alma, y yo nunca ví otra cosa en los suyos que ternura y sinceridad.

¿En qué muger podré confiar despues?

XIV.

ECSAMEN.

Hasta Diciembre.

Antes de continuar, es preciso dar un vistazo á mi situacion, y mi posiclon moral y social en Búrgos.

En la provincia siempre es bien recibido lo que llega de la capital: es preciso que la cosa ó la persona sea muy mala para que no tenga aceptacion. Algun pariente acomodado, cuatro libros mal leidos, un título de médico, y una incipiente reputacion de poeta, son bastantes motivos para ser concido de todo Búrgos, y aspirar á uno de los principales lugares. Luego, mi fisonomía no es repugnante gracias al cielo; mi carácter es accesible, mi sociabilidad proverbial: con todo esto pude ser.... Pero habia un pequeño obstáculo.

Nunca he querido á esas gentes de iglesia que me parecen demasiado humanas para predicar las virtudes celestiales, y demasiado divinas para tenerle tanto amor á los bienes terrenales: y Búrgos no es otra cosa que un gran convento regido por sas gentes, que escomulgan de aquella soicidad

á todo el que no las *obedece, socorre y reverencia.*

Yo tengo la mala costumbre de respetar la virtud y no las personas; tengo tambien el gran defecto de no callar mis pensamientos; y medio estoico para la vida material, pocas veces tengo que sacrificar mis creencias á los intereses comunes. Además, soy orgulloso en medio de mi aparente humildad, y no me gusta ceder sino á mis convicciones, á mis caprichos.

En fin, yo creí estar en Madrid, donde las gentes tienen los mismos defectos que en todo el mundo, pero donde se aprende á disimular, á revestir los defectos de un barniz agradable; las fórmulas suplen las faltas: y hasta llega á suceder que la habilidad, la finura y el tacto quiten al crimen y aun á la necesidad, su carácter repugnante. En la corte se asesina, pero el arma es tan bonita, que si escapa uno por fortuna, divierte sus dolores examinando el fino temple del puñal, la agudeza del filo, los embutidos esquisitos del puño, la perfeccion en fin, de todo el trabajo.

Pero en la provincia los filósofos son escrupulosos, los sabios rutineros, las coquetas inciviles, los veteranos groseros: la deformidad del corazon humano aparece en toda su fealdad, y las pasiones primitivas degeneran, amoldadas en el artificio torpe de la ignorancia. Los intereses se cruzan y se manifiestan en el mezquino traje del egoismo, y el refinamiento dulcificador de la corte es remplazado por una necia hipocresía.

Esto no podia agradarme, y con toda la imprudencia del que tiene el orgullo de haber vivido en una atmosfera mejor, comencé á murmurar en alta voz, sin perdonar á nadie. Pronto conocí los efectos de esta conducta reformadora; y pensando en mis intereses, me propuse seguir la senda comun. Unos cuantos meses me bastaron para convencerme de que era imposible representar un papel tan contrario á mi carácter.

Así pues, quebré radicalmente con todas las comuniones sociales, políticas y religiosas de Búrgos, decidiendome á vivir con entera independencia. Antes espresaba yo mis opiniones con cierta reserva, ahora sin consideracion alguna general, solo respetaba á las personas que en lo particular me honraban con su amistad.

La conducta de los hombres tiene un objeto: yo los habia perdido todos. Aquel círculo de personas no satisfacía mi ambicion de buen nombre, y buena fama: una posicion la tenia á pesar de todo, sin apreciarla; caudal, nunca lo he deseado con ardor.... Serafina era mi esperanza, el último recurso que me podia mover, pero por lo mismo que creía que Serafina me desdafiaba pobre, y me admitiria rico, formé el ridículo capricho de vencerla por amor, y no comprarla con dinero.

Mi único y constante sistema, mi pensamiento esclusivo, era hacerle comprender á Serafina mi amor: referir á ella todas mis acciones, toda mi vida; sacrificar á este capricho, á esta manía, todo,

hasta los deberes mas triviales de la sociedad. Mi objeto no era poseerla sino amarla; y procuraba que se convenciera de que mi único pensamiento era su amor.

Por último, completaré la idea de mi conducta, diciendo los epítetos que alcancé. Los frailes me llamaban impío; los hombres *honrados* cínico; las mugeres tonto: mis amigos me hacian mas favor, y me llamaban loco.... En fin; llegué á ser hombre de cosas, como dice Fígaro, y este fué mi mejor escudo. Dominé hasta cierto punto la opinion; y conseguí fijar la atencion en mí, para bien ó mal decir.

Valemos mucho por mas que digan: á este grado de fastuidad me dejó llegar la torpe conducta de los burgaleses que no supieron nunca apreciarme ni despreciarme á tiempo.

Continuemos la triste historia.

Serafina llegó al colmo del odio: empeñado yo en seguirla, se empeñó ella en huir de mí, en mostrarme de todas las maneras posibles su antipatía, su aversion.

La casualidad nos reunió en un baile.

No atreviendome á hablarle, ni á invitarla para bailar, me senté en un rincon para estarme saboreando con su vista. Tenia el mismo vestido con que la conocí: todo blanco, guarnecido de cintas

azules. Ella tiene un talle celestial, se lo sabe ceñir con una coquetería, una gracia exquisita, y formado todo el corpiño de menudos rizos, le daba á todo el cuerpo un aire tan original como bello.

Decia que estaba sentado, con la tristeza en la frente, deleitandome con mirarla. Las gentes se reian un poco á mi costa, y mis amigos solian decirme algun epigrama. Al fin me cansé de sufrir, y haciendo un esfuerzo porque temia el desaire, me acerqué á ella.

Desde el otro extremo de la sala conoció mi intencion, y se formalizó de una manera imponente: al llegar junto á ella apretó con tanta fuerza el abanico que oí tronar las varillas.

—Señorita, tendria yo el gusto de bailar con vd?

—Probablemente no.

--¿Tiene vd. ya compañero?

--Sí.

—¿Para todo?

—Para todo.

—¿No me dà vd. ni una esperanza?

—Ni esperanza.....

Y dejandome mudo cuando iba á proseguir para disculparme, se volteó á hablar con la que tenia á su lado.

Algunas sonrisas malignas asomaron para acabar de atormentarme; y solo en un semblante observé un rasgo de compasion.

Volví á mi rincon, mas mustio, mas triste que ántes, y no volví á levantarme sino para salir. Mi

último placer aquella noche, fué ir la siguiendo á veinte varas de distancia, mirando apénas flotar la falda de su vestido blanco á la débil claridad de la luna.

En la misma proporción que en ella se iba concentrando el odio, en mí se concentraba el amor y tanto mas profundamente, cuanto que habiendo comenzado á sentir una repugnancia invencible por aquella sociedad, me fuí aislando poco á poco, hasta reducir mis relaciones, á las únicas que no podia cortar por alguna razón imprescindible. Además; habia observado que ella se alejaba de todas las partes donde podia hallarme, y no quise servirme de obstáculo, ni mortificarla, resignandome á mirarla siempre de léjos, y solo en parajes de concurrencia pública, donde mi presencia no podia ser interpretada.

El mismo efecto que ella en mí, producía yo en ella, aunque por contrarios afectos. Si la casualidad nos reunía en la calle y yo iba detras de ella, sin mirarme me sentía, encogida la espalda como si la picase un alacran, y volteaba la cara..... Era que yo la iba devorando con los ojos, bañandola con el hálito de mi amor...

Su vista me regocijaba, su presencia me alumbraba el mundo con una luz que embellecía y alegraba todos los objetos..... fuera de estos momentos, mi vida era un martirio lento, profundo, amarguísimo que me consumía.

1835.—Hasta Setiembre.

Desde bien chico tuve un carácter algo raro, en esta época era ya escéntrico, extravagante hasta percibirlo yo mismo: sin sujetarme á ley alguna, sin ambiciones de ninguna especie, ni fuerzas á que obedecer, vivía en una independencia moral de las mas absolutas: y por un cambio muy natural, que se fué efectuando lentamente, llegué á hallar placer en el sufrimiento. ¿No era por ella?.....

Además, que cuando uno padece, quisiera hallar piedad en todos los semblantes; pero la piedad sincera y delicada; no una lástima humillante ó fingida, que es peor todavía que la indiferencia.

Sucede también que habiendo pasado todos por una prueba semejante mas ó ménos dura; habiendo estado todos enamorados una vez, siempre nos parecen ridículas todas las delicadezas y pretensiones de un amante, cuando las miramos á sangre fría. Fuera de esto, mi amor fué tomando un carácter tan poético, tan ideal, tan divino, que las gentes comenzaron á creermelo delirante, ó á dudar de mi tristeza, y mis sufrimientos interiores. ¿Por qué dudaban? Porque no me comprendían.... Cuando se llega á este estado de aislamiento moral, el mundo toma el aspecto mas lóbrego.

No me creía, ni me creo superior á la multitud; pero realmente estaba yo muy léjos de ella, no por mí, sino por mi amor: Serafina me elevaba, ella era la que me sostenía en una región á donde no son capaces de elevarse las almas vulgares y frias.

Jamas tuve ocasion de ver á Serafina sino con toda la belleza de la compostura, con todo el artificio de los modales que ecsije la presencia del público: jamas la he visto despeynada, ni sucia; nunca la he visto escupir, ni estornudar, ni hacer nada de todas las cosas que revelan la miseria de la humanidad; así que nunca me pareció sino un espíritu encarnado, lleno de la pureza que tienen las almas en el cielo.

Desde que me preocupé con la idea de que no me comprendian, me ví en la necesidad de fingir, de disimular mis sentimientos, y afecté una alegría, una frivolidad locas. Entónces aprendí á decir epigramas, y me convertí en un maldiciente: no me quedaba otra venganza que tomar del mundo, donde no veía mas que tinieblas, torpeza, estupidez y maldades.

Me pasaba yo los dias, las semanas enteras, encerrado en mi cuarto con una idea fija que me agoviaba hasta hacerme doblar la cabeza.... Serafina.... Y Serafina que me fascinaba despierto, volvia á aparecerseme enmedio del sueño, pero siempre altiva, hermosa y severa, huyendo de mí arrebatada por la fatalidad; miéntras yo la seguia de léjos, con las desfallecidas alas de un deseo sin esperanza.

El porvenir no ecsistia para mí sino en Serafina, y desesperado de poseerla, no volví á ocuparme de él; lo olvidé en cuanto pude, y hasta mi aspiracion de poeta, mi amor á algunas ciencias, se amorti-

guaron hasta extinguirse. Los pocos versos que hacia eran solo el eco de mis dolores, los gritos de mi desesperacion. Caí en la mas completa indolencia, en un abandono reprensible.

Mis amigos, los muy pocos que se interesaban por mi suerte, temieron seriamente, y concibieron un buen pensamiento para curarme. Se propusieron decirme todos, á todas horas, y á todo propósito, que aquello no era ya amor, sino manía; y alegaban en favor de su opinion el no concebir como con una pasion tan profunda permanencia inerte, sin pretender hablarle siquiera, ni arrancarle una confesion á lo ménos, aunque fuera negativa, para no alimentar aquel vislumbre de esperanza que mantenía mi capricho.

Tantas veces me dijeron esto, tantos sofismas emplearon para convencerme, tanto empeño mostraban en inculcarme la idea de que todo era un capricho juvenil, que acabé por fastidiarme y dudar si tendrian razon en ello. Tal vez la tenian en efecto, y desesperado de mi propia debilidad llegué á dudar hasta de la luz. No poder tener confianza ni en mí mismo, en mis afectos, en los pensamientos que dependian de mi única voluntad!... Esta es la mayor desdicha: tener bastante razon para conocer su demencia, pero insuficiente para curarla.

Entónces vino el escepticismo, y comencé á preguntarme:—¿Qué lograria al fin con poseerla? Un placer breve y costoso. Como ella son todas

las mugeres; cualquiera otra podrá proporcionarme los mismos goces. Estas pasiones locas son ficticias; el amor no es otra cosa que una necesidad orgánica, y el esclusivismo de los objetos, es una degeneracion de la inteligencia y los instintos. En efecto está en su mano curarme y voy á hacerlo. Basta ya de hacer el imbécil á los ojos del mundo y el humilde delante de ella. Le pagaré con indiferencia su odio, y tal vez llegue á vengarme.... ¿de qué modo? No importa; pero la olvidaré.

Una cómica vino á ayudarme en esta buena intencion.

XV.

UNA CÓMICA.

Diciembre de '835; á Marzo de '836.

Pocas veces llega á Búrgos una compañía mediana: los de la legua suelen invernar allí, y solo por casualidad da una funcion un buen actor que está de paso, y que recurre á la bolsa de los burgaleses para ayuda del viage.

De repente el teatro se animó con la presencia de Lola. ¿Quién es Lola? En Madrid una actriz mediana; en Búrgos una artista de primer orden: y ademas muy bella.

Cintura de abeja, talle flexible como el de una flor; un seno provocativo, un cuello de mármol; dos ojos rasgados y negros como azabache, una cabellera sedosa y abundante, que esaltaba sobre, su frente pura y despejada como el horizonte de la aurora: veinte años, y una sonrisa.... de cómica coqueta.

¿Cualidades morales? Que sé yo; me conformaba con verla desde mi luneta, y disipar mis deseos;